

1720.  
21 de  
mayo.

de hacienda. Entónces no solamente se mandó que los billetes de su banco fuesen recibidos como dinero contante en las arcas públicas, sino que tambien se declaró á aquel establecimiento banco real, y se pensó en sostenerlo con decretos y prohibiciones. Law, como todos los economistas de su tiempo, creía que la riqueza de un pueblo consistia en la moneda, que por tanto debia esta multiplicarse lo mas posible, y que así como la multiplicacion indefinida del dinero, que convencionalmente presenta riquezas positivas, aumentaria indefinidamente la riqueza pública, del mismo modo el papel moneda, signo convencional sin ningun valor fuera del país, podria reemplazar al metálico universalmente aceptado. De aquí se deducia que no era necesario que hubiese proporcion sobre la cantidad de billetes emitida y el capital metálico que garantizase la emision; porque los billetes, como se decia, y aun se dice por algunos, equivalen á dinero. Se emitieron, pues, hasta 70, luego hasta 100 y al fin hasta 1,000,000,000. El dividendo, de 1,720, ascendió á 40 por 100 y las acciones subieron de precio hasta valer 18 y 20,000 francos. Prestábanse fondos por horas con exorbitante usura, y sin embargo los agiotistas sacaban inmensas ventajas. Uno que habia recibido cédulas para venderlas, tardó dos dias en volver y se creyó que las habia robado; sin embargo, se presentó al tercero y las restituyó exactamente, pero en aquel intervalo habia ganado 1,000,000 para sí. De este modo se improvisaban enormes riquezas, creóse una nueva aristocracia y muchos entraban en el coche que poco ántes habian guiado; estos cambios súbitos de fortuna corrompieron la moral pública, desviando á los hombres de las largas y tranquilas vias del trabajo.

Así se corrompia una institucion utilísima: esta conexión del banco regio con la compañía del Misisipi introdujo un asqueroso agiotaje; el regente quiso convertirlo en máquina hecendística dócil á sus necesidades, en vez de dejarle la independencía de un establecimiento comercial; Law hubo de caminar de acuerdo con el gobierno en una via de reciproca complicidad, de momentáneos privilegios, de ruinosos expedientes, sin mirar al provenir; la prohibicion de hacer pagos en dinero mas allá de 600 francos obligó á tener billetes; el correo dejó de trasportar dinero contante; en fin, se prohibió á todos, á excepcion de los plateros, tener en oro ó plata mas de 500 francos en efectivo. Así un banco instituido para fomentar la circulacion del dinero acabó por prohibir el oro y la plata y alterar la moneda; debia favorecer la libertad, y todas las casas se llenaron de espías para denunciar á los que conservasen dinero; en vez del genio de la industria se evocó el demonio del agiotaje. Law, que habia proclamado como principio que no podia subsistir el crédito no siendo libre, reclamaba entónces órdenes que lo hicieran obligatorio. Law contó demasiado

con la moda: esta es omnipotente en Francia, pero pasa. Algunos comenzaron á calcular que todos los metales de Francia no bastarian ni con mucho para realizar la masa de billetes y de acciones existente. Se trató, pues, de reducirlos á dinero, á oro, á plata, á cualquier otro objeto que tuviese un valor ademas de la moneda; y esto hizo que encareciesen extraordinariamente todas las cosas y dió un nuevo medio á otros para enriquecerse.

El duque de Noailles que se habia opuesto á la creacion del banco, habia sido reemplazado por el conde de Argenson, el cual al principio habia procurado poner remedio al mal con un sistema contrario que reprobó el regente. Sorprendido luego por aquella inevitable ruina, no veía mas remedio que hacer bancarota; y verdadera bancarota era, en efecto, igualar á los billetes de banco con las acciones de la compañía; esto es, valores verdaderos con valores imaginarios, un capital de 10,000 francos con una accion nominal de 500. Despues comenzó una serie de edictos desastrosos que fué mermando cada vez mas el crédito; ya los billetes no valian mas del 85 por 100; veinte mil familias se vieron reducidas á la miseria por enriquecer á unos cuantos estafadores: el pueblo, llevando en la mano estos mentidos símbolos de riqueza aniquilada, no podia encontrar pan: ¡qué despertar tan desgraciado para un soñar tan halagüeno!

Law fué destituido y se le dieron guardias para librarlo del furor del pueblo. Hombre de bien, de muchísimos conocimientos, generoso y segun algunos desinteresado, cuando se le mandó rendir cuentas, todos esperaban una enorme confusion, pero las presentó con un orden admirable, merced á la partida doble que habia aprendido de los Italianos y que estaba rechazada por el interes de los hacendistas. Sus errores fueron los de su tiempo; en 1720 el parlamento inglés habia adoptado el bill que daba á la compañía del Sur el comercio de contrabando con las colonias españolas de la América Meridional; y en la *Change-allei* se hacian tantas locuras como en la *rue Quincampoix*, entregándose todos á aquellas atrevidas especulaciones que se llamaban bolas de jabon (*bubbles*). Al fin Law huyó apénas con 2,000 luises á pesar de que habia llegado á ser inmensamente rico. Inglaterra no se atrevió á premiarlo por haber arruinado á Francia; acogido en Venecia, vió á la regencia fatigarse por destruir en Francia el crédito que era el nervio de Inglaterra, y con medidas desastrosas empobrecer á los ricos sin enriquecer el Erario. El emperador de Alemania le llamó una vez á Trieste para pedirle consejos sobre los medios de hacer prosperar el comercio de Oriente; expuso doctrinas muy sábias en sus *Consideraciones sobre el numerario*, que si se hubieran seguido, habrian elevado la Francia al primer puesto entre las potencias financieras; creó los valores industriales, hallando empleo para los capitales

Café  
de  
Law.Efectos  
de su  
sistema.

mas pequeños y admitiendo á los trabajadores á los privilegios de la propiedad. Y sin embargo, ha quedado cubierta de oprobio la memoria de un hombre que merece un puesto elevado en la historia de la economía política (1).

Los efectos eran mas positivos que sus causas. En el agiotaje se confundieron las clases y los partidos; la desigualdad de las condiciones se desvaneció entre la igualdad de la debilidad y de la avaricia; la prodigiosa movilidad de las fortunas rompió el encanto adherido á los nombres aristocráticos; á Law, plebeyo extranjero, se habian prodigado halagos y adulaciones como en otro tiempo al rey, y así se disminuyó la distancia de los grados; se depusieron muchas preocupaciones feudales; la riqueza se desvinculó del terreno para emplearse en la industria, y así florecieron las manufacturas para satisfacer el lujo increíble de los ricos improvisados; la propiedad comenzó á desmenuzarse, y los nuevos poseedores cultivaron la tierra con mas ardor y con la facilidad que les daban los capitales: penetró, en fin, en el pueblo el espíritu de empresas, y se conoció el poder de la asociacion. Las que mas se aprovecharon de estas ventajas, fueron las provincias interiores de Francia, atrasadas en civilizacion, donde el dinero al principio no tenia valor, ni salida las producciones de la tierra, donde el comercio era nulo, y difícil la exaccion de los impuestos.

La necesidad de placeres, de emulacion, de industria, hizo sacudir el letargo, creció el lujo, los propietarios redimieron las cargas á que estaban afectas sus heredades, se fundaron nuevas fabricas y se conoció que podian crearse grandes empresas con pequeñas suscripciones (2). Entónces tambien se estudió mejor la ciencia de las riquezas: en el sistema se habian for-

(1) « Law se habia distinguido en cualquiera situacion; y si fué aventurero, tuvo cualidades capaces de ennoblecer esta figura. Era de estatura alta, de hermosa presencia, de modales distinguidos y seductores. Los mismos que censuraban la ligereza de sus teorías, lo reconocieron por hombre de honor y amigo generoso. Habiendo llegado á ser mas rico que ningun soberano, su ánimo no cambió; sencilla, decente, hospitalaria, continuó siendo su casa; y el carácter elevado de su mujer no llegó á ser arrogante, sino al ver las hajezas nauseabundas de los que la rodeaban. Su conversacion era viva y precisa; no admitia adornos ni frases rebuscadas. Si era necesario un solisma para unir la cadena de sus argumentos, lo atravesaba con arte y volvía inmediatamente á sus ideas justas, luminosas y profundas. Su dialéctica llenaba el ánimo de gérmenes tan fecundos, que la confianza de los que le habian oído hablar se fortificaba ordinariamente con la reflexion; y aun despues de caído dejó admiradores, cuyo entusiasmo no pudieron entibiar las prevenciones del pueblo. Debe tambien confesarse que sus conocimientos nuevos, variados, bien digeridos, lo hacian en muchos puntos superior á cuanto le rodeaba. Algunos principios republicanos que llevó á Francia se disiparon naturalmente sobre el suelo francés. Dos cosas le faltaron; la naturaleza que le concedió el ímpetu del genio, le negó la paciencia; la fortuna que le preparó un magnífico teatro, no siempre le dejó la eleccion de los actores. » LEMONTEY, ob. cit. I, 345.

(2) Entre las demas ventajas fué inmediata la que obtuvo el comercio de librería, poco extenso hasta entónces, y que desde aquel momento tomó vuelo, y mediante las suscripciones pudo publicar obras que necesitaban capitales superiores á la fuerza de un editor, y que el comprador no hubiera podido tomar si hubiese tenido que pagar el precio de una vez.

mado insignes hacendistas y banqueros, los hermanos Duverney y Samuel Bernard, que acaso un dia se contarán entre los grandes innovadores. Pero miéntras los súbditos, en general, adquirieron sed de goces, atrevimiento para las empresas, amor al comercio, el gobierno concibió desconfianza y odio hácia las mejoras y desprecio de la opinion pública, de suerte que aquellos y este comenzaron á caminar cada cual en sentido opuesto (A).

Eran estos frutos que el tiempo debia madurar; pero entretanto la Francia se encontraba con un aumento de deuda que hacia subir esta á 2,400,000,000 francos, habiéndose ademas acrecentando el descontento y héchose mas difícil la posicion del regente. Los príncipes legitimados espiaban todas las ocasiones de perjudicarlo, ya que no en otra cosa en la reputacion, y de fomentar toda clase de disensiones. Los Bretones, creyendo violados sus privilegios, tomaron las armas con el intento de formar una federacion al modo de la de los Polacos, y hubo que apelar á los suplicios para contenerlos. Felipe V, ó sea Alberoni y la duquesa del Maine, les habian excitado á la rebelion, y despues urdieron la conjuracion de Cellamare, de que ya hemos hablado. Orleans, mas bien por insensibilidad que por generosidad la perdonó, y no quiso ver mas que una intriga donde otros veían una maquinacion; ni aun trató de indagar los nombres de los conjurados, y se contentó con obligar á la duquesa á confesarle el hecho.

Á los otros males de la regencia se agregó la peste que estalló en Marsella. Los Franceses, absortos en las espléndidas ilusiones de Law, no fijaron la atencion en los primeros síntomas del mal, y el canciller D'Aguesseau, decia: « El bien público exige que se persuada al pueblo de que la peste no es contagiosa, y que el ministerio se conduzca como si estuviera persuadido de ello. » Algunos de los médicos enviados á examinarla sostuvieron que el mal no procedia de Siria, sino que se desarrollaba por causas naturales; el único contagio, decian, es el miedo; cesad de temer por vosotros, asistid á los demas y estaréis seguros. El hecho es que la enfermedad atacó con fuerza tan espantosa que morian hasta mil personas al dia, y el daño se agravaba á causa de la falta de alimentos. Entre aquellos padecimientos se señaló la caridad: el papa envió tres mil cargas de trigo; pero el encargado de negocios de Francia en Roma vió en esto una censura de la negligencia del regente y de Dubois, é hizo todo lo posible por que no llegasen. En la travesía fueron apresadas por un corsario berberisco, el cual, sin embargo, al saber el objeto á que estaban destinadas, dejó que el buque que las conducía continuara su viaje. El obispo Francisco Javier de Belsunce rivalizó en caridad con San Carlos, el caballero Roze sepultó por su mano los cadáveres para infundir ánimo en los demas; el jesuita Millet

Peste  
de  
Marsella.  
1720-21.Bel-  
sunce.

unió al cuidado de las almas las funciones civiles como comisario de sanidad; el pintor Sérres prestó auxilio á los enfermos, y pintó despues las lamentables desgracias por cuyo alivio se sacrificaron veintiseis Franciscanos, diez y ocho Jesuitas y cuarenta y tres de los cincuenta y cinco Capuchinos que habian acudido de las demas provincias. Al lado de estas virtudes, se vieron excesos de lubricidad y una desvergonzada prostitucion, á la cual se asemejaban los matrimonios por la brevedad de la viudez. La peste no habia mitigado las iras teológicas, y muchos con la bula *Unigenitus* en la mano negaban la absolucion á los disidentes; los padres del Oratorio llevaron los consuelos de la religion á todos los moribundos sin distincion ninguna, y por esto fueron puestos en entredicho. Solo los monjes de San Victor permanecieron encerrados en su convento, por lo cual se salvaron y quedaron deshonrados. Bel-sunce, por estar acusado de jansenismo, no obtuvo el capelo que adornaba las sienas del obsceno Dubois.

Es notable que ningun jefe eclesiástico, civil ó militar pereció en esta peste. Las precauciones, descuidadas para impedir que el mal entrase, se multiplicaron para que no se extendiera, y al fin se consiguió. Cinco años despues, Marsella contaba la misma poblacion que en 1719; los que habian huido por miedo, volvieron dispuestos á desaprobar lo que se habia hecho, y á calumniar á los corazones generosos que se habian quedado. Marsella, libre de la peste, fué dedicada al Sagrado Corazon de Jesus, ella que ántes de acabarse el siglo debia aborcar al Crucifijo.

Luis XV. 1733. En tanto Luis XV crecia entre los terrores del veneno y bajo la severa direccion del obispo Fleury, en quien habia depositado su amor y confianza. Declarado que fué mayor de edad, Orleans se retiró á gozar de los placeres, y Dubois quedó en el ministerio, donde le sorprendió la muerte, falleciendo sin querer recibir los sacramentos.

Fuerza es confesar que habia procurado hacer el bien del país; como todos los grandes ministros, trató de establecer igualdad en el reparto de las contribuciones, y bajo el pretexto de construccion de caminos y puentes, quiso medir y tasar las tierras; favoreció las pretensiones de la Santa Sede y la jurisdiccion eclesiástica, y consiguió que se aceptara en Francia la bula *Unigenitus*. El encarnizamiento con que persiguió á los que se habian enriquecido con el banco, hizo tal vez exagerar sus vicios, no se le rezaron oraciones fúnebres, pero la baja extraordinaria que tuvieron las acciones de la India, mostró la confianza que inspiraba.

Sucedióle el duque de Orleans, pero en breve murió tambien entre los brazos de su última amante. Con frecuencia el duque de Orleans se elevó sobre el vulgo de los príncipes, y con frecuencia tambien mereció ser confundido con los mas abyectos de entre ellos. Ningun des-

cendiente de Enrique IV le imitó mejor en el ardor durante las batallas, en el ingenio vasto y sutil, en la diestra familiaridad, respuestas agudas, y en aquel conjunto de prendas que gana los corazones y somete las voluntades. Enrique se abandonó con mucha frecuencia y por mucho tiempo al amor; Felipe no conocia ni freno, ni pudor, ni delicadeza en sus vergonzosos deleites, y esta diferencia de modales establece tanta diversidad en su carácter que un paralelo entre ambos sería una profanacion. Ademas de los vicios que originaban el desorden de sus costumbres, Felipe tenia uno todavia mas contrario á la bondad, y que sin embargo no oscureció la suya, y era una desconfianza universal, un razonado desprecio de los hombres. Consentia en ser engañado por ellos, pero queria á su vez engañarlos con cierto refinamiento; y habiendo conseguido en alguna ocasion su objeto por caminos oblicuos, acudia siempre á ellos, faltaba á su palabra y se reía de las promesas. El odio no entraba en su alma, pero la amistad no tenia mas que el calor del momento, siendo sin consistencia, porque rara vez se apoyaba en la estimacion. En el hábito de una vida muelle ó desenfrenada dormian con frecuencia sus cualidades mas espléndidas, y por lo mismo sorprendia cuando las manifestaba todas en alguna grande ocasion. Pretenden que conocia á fondo todos los ramos de la ciencia militar, y sin embargo mientras fué regente evitó la guerra: servicio prestado á Francia y al género humano, que atenuaria mucho los cargos que se hacen á su memoria, si hubiese sido mas cauto en la paz y no hubiera contribuido imprudentemente al aumento del poder marítimo de Inglaterra. Su impiedad, su ateísmo no dependian del fatal error de un sistema; eran una excusa para sus vicios, un condimento de sus disoluciones. Se inclinó á la tolerancia sin establecerla por medio de leyes, pero extendió la incredulidad con el ejemplo. En el año mismo de su muerte habia ido con pompa y desvergüenza grande á comulgar á la parroquia el dia da Pascua, despues de haberse encenagado el dia ántes en los placeres con embriaguez mayor que nunca, no obstante que Saint-Simon casi de rodillas le suplicó que no diese semejante escándalo.

¿Fué en efecto incestuoso? ninguna acusacion se ha repetido mas que esta, y ninguna es ménos susceptible de pruebas y de excusas díficiles á desvanecerla; sin embargo, sus autores la presentan de modo que la hacen muy inverosímil. Dicen que cometió este delito sucesivamente con sus tres hijas la duquesa de Berry, la abadesa de Chéllles y la Valois, que fué despues duquesa de Módena; pero es difícil creer que poseido de estos horribles amores pudiese ver tranquilamente como vió la desenfrenada pasion de la Berry al conde de Rioms y la indiscreta ternura de la Valois hacia el duque de Richelieu, pues que el amor incestuoso de un padre hacia sus hijas debia producir las

convulsiones de los celos, del furor, del remordimiento... Orleans oyó veinte veces esta acusacion sin alterarse, y cuando Luis XIV decia: *Mi sobrino es un fansarron de delitos*, aludia tal vez al modo demasiado débil con que se defendia de la acusacion de incesto, de suerte que debe restringirse el sentido de esta nefanda palabra.

Por el contrario, el duque se ponía furioso cuando lefa los envenenamientos que le imputaban. Habia leído sin comoverse las primeras estrofas de las infames *Filipicas de La Grange Chancel*, y para ostentar calma é imparcialidad, elogiaba inoportunamente su mérito poético; pero cuando vió en estos culpables versos que se le imputaba la muerte del delfin y de la delfina, se manifestó conmovido; pues era esta la primera vez que llegaba á sus oídos aquella calumnia, y no salió de su largo abatimiento sino para llorar y hacerse dolorosas exclamaciones sobre la perversidad humana. Pudiendo ejercer contra los libelistas una venganza provocada entónces por la opinion pública y que los tribunales habian sancionado, limitó la pena de *La Grange* á una reclusion en la isla de Santa Margarita. Este logró escaparse, y vertió todavia hiel sobre las cenizas del príncipe que le habia librado de una pena infamante. Esta inclinacion á la clemencia, este divino atributo de los reyes grandes y buenos, protege la memoria del duque de Orleans é inclina á excusarlo mas de lo justo, ya que fué desmesuradamente calumniado. Al morir el duque de Orleans, dejó el puesto á Luis Enrique, duque de Borbon, hombre tan escaso de talento como avaro y vengativo, dominado por favoritos y mujeres, especialmente por Madama De Prie, que se habia entregado á él por motivos ménos excusables que el amor y la ambicion.

Polonia. La Polonia continuaba padeciendo á consecuencia del mal sistema de su república, que habia llegado á ser teatro de las intrigas de toda Europa. Estanislao Lesczynski, elegido rey bajo la proteccion de Carlos XII, habia tenido que ceder el trono á Augusto II de Sajonia; pero se prevenia que á la muerte de este la Francia sostendria las pretensiones de Estanislao, cuya hija María se habia casado con Luis XV. Renovando el escándalo dado en los asuntos de Italia, las potencias disponian del reino viviendo aun el rey; y Austria y Rusia presentaron por candidato á Juan V de Portugal, pusieron de su parte á la Prusia, reforzaron los ejércitos de la frontera y enviaron á Varsovia 36,000 ducados para ganar electores.

Federico Augusto. 1733. 1º de febrero. Sin embargo, á la muerte del rey se presentó como competidor su hijo Federico Augusto, el cual, como marido de la archiduquesa María Josefina, tenia pretensiones á la sucesion austriaca; y Carlos VI le ofreció su apoyo con tal que renunciase á esta y reconociese la pragmática sancion. Tambien le prometió su favor la Prusia é igualmente la Rusia, bajo la condicion de reconocer los titulos y pretensiones

que esta potencia decia tener sobre la república polaca. Prodigóse el dinero, prodigáronse tambien las amenazas; Lesczynski, sostenido por la Francia y por sus bellos modales, fué preferido; pero algunos Palatinos se separaron de la Dieta para elegir á Federico Augusto, mientras *para proteger la libertad de la eleccion*, entraron cuarenta mil Rusos entregando al hierro y al fuego los castillos de los nobles que habian coronado á un conciudadano, y mientras Carlos VI enviaba nuevos soldados. En vano Luis XV grita que es una iniquidad imponer un rey á otro país; las pocas tropas enviadas por él para sostener á su suegro encuentran las costas devastadas por los Rusos, y son hechas prisioneras; Estanislao huye á duras penas de la sitiada Dantzick y se refugia en Prusia, la cual se niega á entregarlo á la Rusia y al Austria. Era este caso de guerra. No la temian los Rusos, á quienes Pedro y Menschikof habian enseñado á ganar batallas y Munich á expugnar fortalezas; en Francia un gran partido la pedia; Luis la miraba como un deber filial; Villars no podia sufrir el verse reducido á la nulidad, y los antiguos soldados de Luis XIV anhelaban combatir y triunfar. Así, pues, la Francia declaró la guerra al emperador de Austria y con ella hizo alianza la España á excitacion de la reina Isabel, indignada de las humillantes formalidades que el emperador habia impuesto á Don Carlos por la investidura de Parma y Toscana, y porque habia negado al infante la mano de María Teresa. Á estas potencias se unió tambien la Cerdeña, conociendo que no podia medrar sino á expensas de Austria. En breve los Franceses ocuparon la Lorena, cuyo duque Francisco Estéban era prometido esposo de María Teresa; Villars entró en Italia, y uniéndose á los Sardos ocupó el Milanésado; Carlos VI pidió socorros á Inglaterra y á Holanda, pero esta se excusó descontenta de que le hubiese dejado desguarnecidas las fortalezas de los Países Bajos; y el rey Jorge, sostenido en sus disposiciones pacíficas por el ministro Walpole, declaró que no se creía obligado á apoyar al emperador en un acto de violencia. La Rusia, única aliada de Carlos, se hallaba á quinientas leguas, por lo cual las primeras operaciones de la guerra le fueron fatales. Muerto Villars en Turin, en la misma habitacion donde habia nacido, los mariscales Maillebois, Coigny y Broglie, que le sucedieron, pasaron el Po, ocuparon el país hasta el Secchia, no dejando al Austria mas que la plaza de Mantua, mientras Don Carlos de Parma, apoderándose hasta de Nápoles y derrotando en Bitonto á las tropas imperiales, pasaba á Sicilia, ocupaba la isla y se proclamaba en Palermo rey de las Dos Sicilias.

Tratado de Viena. 1737. El príncipe Eugenio de Saboya, general en jefe del ejército imperial, desprovisto de todo lo necesario, hizo demasiado con impedir á los Franceses extenderse por la Suabia; y despues, cuando murió Carlos VI, tuvo que aceptar la

paz tal como se le propuso por el cardenal Andres de Fleury, ministro de Francia. Entónces Estanislao abdicó el reino de Polonia, conservando el título y los honores de rey durante su vida, y recibiendo en compensacion la Lorena, que á su muerte debía incorporarse á Francia. El duque de Lorena obtuvo en cambio la Toscana y el pequeño condado de Talkenstein, para que no fuese mirado como extranjero cuando aspirase á la corona imperial. El rey de Cerdeña adquirió los territorios de Novara y Tortona como feudos del imperio, y la superioridad territorial en las Langas, y el emperador recibió á Parma y Plasencia, renunciando á Castro y Ronciglione, y viendo garantida de un modo mas solemne la pragmática sancion, objeto de su mas ardiente solitud.

CAPÍTULO III

El imperio. — Carlos VI.

El sacro romano imperio, como se titulaba todavía la Alemania, se componia de trescientos setenta y seis Estados desiguales, independientes unos de otros y solo dependientes del emperador, entre los cuales doscientos noventa y seis eran Estados imperiales participantes de la soberanía, ademas de un gran número de tierras inmediatas. Desde que en 1662 la Dieta se habia hecho permanente en Ratisbona, no volvieron á presentarse en ella personalmente el jefe ni los príncipes, sino que enviaron sus delegados; y el ceremonial y las pretensiones usurpaban lo mejor del tiempo y hacian proverbial la lentitud de los debates. Las cosas de mas importancia y premura se decidian en consejo privado de los príncipes, que se habian hecho independientes. En el interior, los Estados imperiales ejercian la superioridad territorial poco diversa de la soberanía absoluta. Vasallos del imperio, poseían los feudos por herencia, con derecho de vida y muerte, de hacer leyes aunque fuesen contrarias al derecho comun, de imponer contribuciones, acuñar moneda, contraer alianzas, mantener tropas y valerse de ellas á su voluntad. Las constituciones modeladas por la del imperio habian cedido el puesto al poder de los príncipes. No habia ni códigos ni aduanas comunes; en la moneda reinaba inmensa confusion, habiéndola hasta de quinientas once especies, y aunque en 1738 se intentó una reforma, y aunque se repitió la tentativa en el reinado siguiente, especialmente por los estudios de Graumam de Brusélas, nunca se logró establecer la uniformidad monetaria.

Era, pues, aquella una mezcla de gobiernos imposible de clasificar, pero en suma débiles, desordenados, carcomidos; los impuestos no se pagaban; el ejército era un objeto de risa, salvo en algunos países que se habian

dedicado especialmente á las armas, y que vendian sus súbditos y se vendian á sí propios á quien mas pagaba; los tribunales, ó no decidian nada, ó eran desatendidos; cada miembro de la Confederacion pensaba en su propio engrandecimiento, y perdido todo sentimiento de nacionalidad, se ofrecia vasto campo á las intrigas y á la corrupcion de los fuertes y de los extranjeros.

La Alemania en tiempo de Luis XIV, abatida por las guerras y vacilante en la política, habia recobrado con la paz de Utrecht su antiguo puesto; pero el hallarse unida al Austria la obligó á mezclarse en todas las contiendas de esta sin ventaja propia. Los actos arbitrarios de Leopoldo y José I habian inducido á la Dieta á establecer una *capitulacion perpétua*, en que se confirmaban los privilegios del cuerpo germánico y se restringian los del emperador, el cual no podia proscribir un elector sin consentimiento de la Dieta, ni hacer que se eligiese un sucesor al imperio mientras él viviera.

La casa de Austria, principal entre las potencias germánicas, poseía la Hungría, la Bohemia, el archiducado de que tomaba el título; por el tratado de Utrecht habia adquirido á Milan, Mantua, la Cerdeña y los Países Bajos; por el de Pasarowitz el banato de Temesvar, Belgrado y la Servia; en todo veinticinco millones de súbditos y setenta y cinco millones de renta (1). Algunas provincias se habian separado y estaban amenazadas de formidables enemigos; en todas habia Estados provinciales, sin los cuales no podian imponerse nuevas cargas; las rentas de los Países Bajos apenas bastaban para su administracion y sosteni-

Casa de Austria.

(1) En la *Historia de Maria Teresa* (1743, t. V), se encuentra la distribucion de los ingresos del reino. Ademas de los empleados judiciales y administrativos, vivian del salario imperial cuarenta mil personas, cuyos sueldos importaban nueve millones y medio. Entre los gastos de cocina se ponen 4,000 florines gastados en perejil; en los de la bodega doce pintas de vino de Hungría suministradas á la emperatriz viuda para beber ántes de acostarse; dos toneles de vino de Tokay para mojar el pan de los papagayos del emperador; para una sola de estas sopas en vino quince cubos de este licor; y 40,000 escudos para la halconería.

Podemos deducir la riqueza proporcional de los diversos Estados por el reparto de los subsidios que en 1730 pidió el emperador, y que eran:

Por la Bohemia . . . . .	3,200,000 florines.
Moravia . . . . .	1,066,666 »
Silesia . . . . .	1,133,333 »
Baja Austria . . . . .	900,000 »
Alta Austria . . . . .	450,000 »
Estiria . . . . .	390,000 »
Banato de Temesvar . . . . .	330,000 »
Servia . . . . .	80,000 »
Croacia . . . . .	24,000 »
Carintia . . . . .	136,666 »
Carniola . . . . .	78,333 »
Tirol . . . . .	120,000 »
Austria Anterior . . . . .	110,000 »
Hungría . . . . .	2,500,000 »
Transilvania . . . . .	700,000 »
Esclavonia . . . . .	100,000 »
Frontera militar . . . . .	47,000 »
Estados de Italia . . . . .	2,600,000 »
	14,025,998 florines.

No se incluyen en este estado los Países Bajos y los vasallos de Italia.

miento de las guarniciones. Con el aumento del territorio se habia disminuido la influencia de Austria, por efecto de la política estrecha de Carlos VI y de su condescendencia con los príncipes, cuya amistad queria granjearse para que admitiesen la pragmática sancion.

Carlos VI.

Carlos, cuya bondad mitigaba el absolutismo de aquel gobierno, absolutismo sin freno aunque lento (1), protegió las artes fundando una Academia de pintura, escultura y arquitectura; creó la Biblioteca de Viena y el gabinete de medallas; llamó á su corte á Metastasio, que no fué el único en proclamarlo el Tito de su siglo, y sobre todo se mostró muy aficionado á la música, y compuso una ópera, que fué cantada en el teatro de la corte por los principales señores; tocando él mismo en la orquesta y figurando en el baile las dos archiduquesas. Mas por su desgracia ó por su culpa se mezcló en guerras continuas y dejó exhausto el país, que habia encontrado en camino de conquistar nuevas grandezas. No estimando mas que á los Españoles, llamaba groseros á los Alemanes, y los odiaba porque habian abrazado su causa con frialdad y sentido la muerte del rey José. Federico II dice que habia nacido para mandar, no para obedecer; daba grande importancia á las mas insignificantes ceremonias, y se ocupaba como en cosas de mucha entidad en descubrir los secretos domésticos, ó en cazar, ó en otras frivolidades. Entretanto abandonaba las riendas del Estado á los ministros, aunque, como todos los débiles, procuraba no mostrarse dominado por ellos, y no se comunicaba con ellos sino por escrito, por el intermedio de Juan Cristóbal Bartenstein, que lo adulaba, le preparaba medios para confundir al consejo de ministros y tener razon contra sus consejeros, lo cual les hacia mas irresolutos, mas tardos en deliberar.

Eugenio de Saboya.

Entre estos el mas memorable fué el príncipe Eugenio, que detuvo por espacio de un siglo la decadencia de Austria. Hombre modesto, sincero, toco en sus modales, pero tenazmente fiel á su palabra como soldado, no obtuvo jamás la confianza completa de Carlos, el cual, dejándose guiar de favoritos, de mujeres, de envidias ajenas, de celos propios, lo arrinconaba siempre que la guerra no lo hacia necesario. Por lo mismo Eugenio decia á Villars: *Vuestros enemigos están en Versalles, los míos en Viena*; y se consolaba de su desgracia olvidando los negocios para dedicarse á las letras, á las bellas artes, á la sociedad de mujeres amables. De esta manera, sin perder jamás la generosidad de su ánimo, llegó á los setenta y dos años; y las desgracias que Austria experimentó despues de su muerte, prueban lo mucho que puede un hombre.

Eugenio habia desaprobado la adquisicion de los Países Bajos, previendo que serian teatro siempre abierto de las guerras con Francia, que

(1) « Aunque el emperador es piadoso, justo y elemento, el gobierno en realidad es mas tiránico que el de los Turcos. » Coze.

T. VI.

costaria suma dificultad conservarlos, y que su pérdida podria traer consigo la de toda la izquierda del Rin. Carlos no le dió oídos y reformó la organizacion de aquel reino, aboliendo el consejo privado y el de hacienda para concentrar todos los negocios en el consejo de Estado. Miétras los ministros atendian á la política, él se interesó en el comercio, movido tambien por miras particulares de ganancia. Permitted que la diplomacia extranjera esforzase con dinero sus pretensiones; en vez de hacerse los arriendos en los lugares respectivos, los aspirantes acudian á la corte, y ofreciendo una suma al emperador, obtenian bajo condiciones ventajosísimas aquello que era objeto de la subasta. De esta suerte el Erario público jamas se aprovechó del aumento de las rentas, cuyo producto en su mayor parte pasaba al bolsillo de S. M. (1). Conociendo que siempre habian faltado al Austria fuerzas de mar y riquezas, creó en Viena un banco y una sociedad para el comercio oriental; hizo tratados con la Puerta, bajo cuyo influjo se cubrió el Danubio de buques; dió á los de Brabante el derecho de navegar libremente hácia las Indias, y habiendo reclamado las demas provincias de los Países Bajos igual favor, instituyó, por consejo de Eugenio, una compañía en Ostende con privilegio por treinta años y un capital de 6.000,000 de francos dividido en seis mil acciones, que en cuarenta y ocho horas quedaron suscritas y en breve tuvieron una alza de quince por ciento. Quejáronse de esto los Estados Generales como opuesto al privilegio que tenian para ejercer el comercio oriental, y de aquí vino la guerra de que hemos hablado y que Carlos concluyó, como todas las demas, abandonando sus pretensiones, con tal que se reconociese la pragmática sancion.

1733.

En Hungría, Carlos trató de determinar la extension y naturaleza de los servicios corporales que los señores podian exigir de la plebe; de dar mas fuerza al ejército, asegurando su mantenimiento con una contribucion estable, y de extirpar el abuso que cometian los grandes, casando á sus hijos menores con hijas de familias plebeyas, las cuales de este modo quedaban exentas de impuestos. La nobleza procuró apartarlo de este propósito multiplicando sus quejas respecto de la administracion; los protestantes se quejaron de que para entrar en la Dieta se les exigiese un juramento contrario á su conciencia; todos se opusieron á declarar hereditaria la corona aun en las mujeres, pero sus quejas y su oposicion fueron en vano; y Carlos, lejos de hacer caso de ellas, separó de la Hungría un distrito situado entre Presburgo, Buda y Odemburgo, y lo unió al Austria; abolió los privilegios de las tierras que habian pasado á poder de los nobles despues de 1680; exigió

(1) La *Historia secreta* de Marco Foscarini, Florencia 1843, es un documento importantísimo sobre este reinado. Foscarini desaprueba principalmente la venalidad descarada de Carlos VI y el mal sistema con que gobernaba á los Italianos.

2